

CAPÍTULO  
NOVENO



El infierno.

ESTOY sentado  
en la terraza

de una fonda de la ciudad de \*\*\*, colocada á orillas del mar, y estamos en plena estación de baños. Es el carnaval del agua salada y del fresco, en que todos olvidan durante algunas semanas los trabajos y amarguras de la vida urbana.

Espero mi almuerzo sentado á una mesita

colocada al aire libre, bajo un tupido toldo de vides y de enredaderas; la brisa marina mueve las hojas, juega con el mantel y se entretiene con mis cabellos, mezclándose con el perfume de las flores, que exhalan rosas, dalias, violetas, dichosas de hallarse entre aquella alegría de sol, de verdor y de frescura.

Casi todas las mesas esparcidas á mi alrededor ó á la sombra de los árboles están llenas de gente que hace poco ha salido del baño, fresca, sonriente y con excelente apetito. También la vida humana tiene sus buenos cuartos de hora.

A mi lado veo una institutriz que por encargo de la familia ha llevado al mar á dos niñas de diez á doce años, y que fiel al cumplimiento de su deber, da rumorosas lecciones de moral y de urbanidad á aquellas muchachuelas, mientras come y bebe con el apetito de un hambriento. No sé cómo se las arregla, pero halla medio de no interrumpir nunca sus discursos educativos á la vez que no cesa de comer y beber. Las educandas no la escuchan, pero se miran á hurtadillas, riéndose de ella.

Más allá hay tres jóvenes que habiendo salido bien de sus exámenes, obtuvieron permiso de sus padres para veranear una temporada,

rían entusiasmados, ebrios de juventud, sin preocupación alguna y sin envidiar á nadie. Uno de ellos ha acabado su almuerzo, y para pagar una cuenta de seis reales, saca un billete de cien pesetas y lo presenta al camarero con ingenua alegría, de modo que todos tengan ocasión de verlo. Es el primero que posee, y ya dos veces en la misma mañana lo había ofrecido: en el café para pagar veinticinco céntimos, y en el balneario para abonar un billete de cincuenta. Ninguno se lo había querido cambiar, y también ahora el camarero le dice que no tiene cambio, de lo cual él se alegra, porque así podrá ostentarlo por cuarta, por quinta y quizás por sexta vez.

Frente á mí toda una familia de siete ú ocho personas come alegremente, y los niños, que en una escala cromática de vivos colores y de diversas alturas se hallan entre los dos y los quince años, cantan su alegría saltando y triscando alrededor de las sillas y jugando con un perrillo á quien echan lo mejor de su plato. El padre, gordo y colorado, está en mangas de camisa, y mirando con faz sonriente á su rubia compañera, lee reflejado en su sonrisa todo aquel alborozo de charlas, de risotadas, de locuras que le rodea.

Toda esta gente de diversa edad, condiciones y talento, se baña en una misma alegría, que parece han sacado del mar, padre de la vida y la energía. Mientras tanto el sol filtra sus rayos de oro á través de los pámpanos, la hiedra y las campanillas, pintando con las sombras y penumbras de las hojas sobre los manteles, los vestidos de las mujeres, los alegres rostros de los niños y sobre la fina arena del jardín, mil caprichosas y variadas figuras.

Yo también, solitario observador, gozo de extraordinaria manera con toda aquella fiesta de sol y de gente feliz; pero me acordé de que sólo había mirado á mi derecha y delante de mí, y volví tranquilamente mis ojos hacia la izquierda, seguro de hallar otra escena de alegría y de luz.

El cuadro era muy distinto.

En una mesita limpia y blanca como las otras, donde también se pintan los caprichos del sol y las sombras, hállanse sentadas dos personas: un hombre y una mujer.

Él tiene unos treinta años, ella unos cuarenta y cinco. Él es guapo, robusto, viril, enérgico; ella fea, gorda y jorobada. Su cuello allí debía estar, pero no se veía, porque su cabeza parecía apoyada oblicuamente sobre su pecho,

y todos los artificios crueles empleados para ocultar la joroba de atrás, parecían hechos á propósito para darle otra joroba delante. Era fea hasta en sus perfiles; sus manos, toscas, estaban cargadas de sortijas. Lucía vistosos pendientes en las orejas, un medallón colosal rodeado de diamantes sobre el pecho, y en sitio visible, el retrato de él. Marido y mujer sin duda alguna.

Ella comía, pero no saboreaba las viandas, porque el bocado daba vueltas y más vueltas en la boca, mientras otro, prendido por el tenedor, esperaba en vano su turno para entrar en ella. No lloraba aquella pobre jorobada, es decir, las lágrimas no le caían sobre el rostro, pero se sonaba las narices de vez en cuando, y tenía los ojos humedecidos y tristes. A intervalos dejaba automáticamente su tenedor, todavía cargado, sobre el plato, y miraba á su compañero, tierna, amorosamente; esperando, implorando una mirada.

Pero ésta no venía nunca, porque él, mientras con una mano llevaba apresurado á la boca los pedazos de comida, con la otra sujetaba un periódico que leía con afectada curiosidad para no interrumpir el silencio. Tampoco él lloraba, ni siquiera se sonaba las narices, pero tenía la

frente contraída y sufría uno de aquellos dolores intensos, ocultos, que no se confiesan y que surcan el alma como buril de acero.



No separé los ojos de aquella escena muda y desconsoladora.

Después de un largo intervalo, tímida,

desconfiada, como si cometiera un delito, ella le dijo:

—¿No quieres más?

Sobresaltado, como si aquella voz hubiera sido para él una bofetada, se volvió á ella, torciendo su boca rapidísimamente, como quien sufre una violenta é irresistible náusea.

—No, no quiero más.

Aquel *no* fué pronunciado con ira, con desprecio; aquel *no* quería y debía de ser un bofetón para quien lo oyera.

Él detuvo largamente su mirada sobre ella; una mirada empapada en odios, en remordimientos, en náuseas. Parecía que estaba pasando revista á todas las fealdades y horrores de su compañera, que nunca hasta entonces había visto tan marcados. Aquellas arrugas, aquellos cabellos grises, aquella joroba, aquel cuello deforme, aquellos brazos que parecían morcillas; y después aquellos anillos, aquellas joyas que con sus fulgores parecían despreciar toda aquella carne fofa. Todas aquellas deformidades, todas aquellas violaciones del buen gusto, abofeteaban á aquel joven guapo y robusto, que había vendido juventud y virilidad á una pobre mujer, la cual había creído poder amar todavía y poder ser amada.

También aquellos dos se habían bañado poco antes en las saladas ondas del mar, habían bebido los rayos del sol, pero ni el mar ni el sol habían podido dar alegría á aquellos dos desgraciados que habían cambiado la lujuria y el oro; que habían convertido el santo amor en una vil prostitución de carne y de billetes de Banco.

\*  
\* \*

Ella había pasado ya de la segunda juventud; él era joven todavía.

Ella se estaba desnudando. Él se hallaba ya en el lecho y seguía con angustiosa curiosidad el progresivo acto de desnudarse aquel cuerpo, un día tan esbelto, tan hermoso, tan embriagador, y ahora sumergido todo él en el aluvión de la grasa que lo invadía.

Quería esconderse entre las sábanas y así lo hacía, pero en seguida, una morbosa curiosidad le impelía á levantar la cabeza y miraba.

Ella, que ya había leído tantas veces en el espejo el desastre que el tiempo había ocasionado en su cuerpo, buscaba siempre que se desnudaba, la ocasión de estar sola; pero esta vez había tenido que hacerlo delante de él.

Ingenuamente ocultaba las regiones más

averiadas, y con un último rasgo de coquetería, se había descubierto las espaldas, el *ultimum moriens* en el cuerpo de la mujer; pero desconfiando de sí misma, temerosa de aquellas miradas que parecían traspasarla de parte á parte, dejó caer de repente la camisa hasta los pies y el desastre del naufragio apareció de una vez en toda su crudeza, sin piedad alguna, ni para ella ni para él.

Ella lanzó un grito y se bajó para cubrirse...

Él, egoísta despiadado, olvidando todas las delicias que le había procurado aquel cuerpo, un día tan bello y tan fragante de juventud, le arrojó á la cara estas palabras:

—*A cierta edad, me parece conveniente un poco de pudor.*

Desde entonces, aquellos dos seres fueron enemigos; dos galeotes atados á una misma cadena.

\*  
\* \*

Más que sentada, recostada sobre el canapé, con cogines grandes y pequeños que la permitían mudar de marco al cuadro, que era ella misma, estaba una señora fumando un cigarrillo y teniendo sobre las rodillas una novela francesa que no debía distraerla mucho, por los

bostezos que se le escapaban de vez en cuando.

Uno de ellos fué abreviado, ó por mejor decir interrumpido por el repentino abrirse de la puerta del salón. De aquel modo no entraba más que él, pero ahora era más él que de costumbre. Marido siempre, ahora marido colérico.

Entró con el sombrero en la cabeza y el bastón en la mano, como si fuera á salir de casa ó acabase de entrar. Y en efecto, esto último es lo que había ocurrido. De vuelta del paseo le habían dado en la antecámara una carta voluminosa. Era una cuenta de la modista, y la tercera ó la cuarta que recibía en pocos meses. La cifra total era muy grande, más de lo acostumbrado.

Y él, con dicha cuenta en la mano, había entrado en la sala para tener una explicación.

—Pero vamos á ver, señora mía, ¿cuándo acabaremos con estas cuentas?

Ella no respondió y continuó fumando, ruborizándose ligeramente.

—Por lo visto la señora se cree una millonaria... y esta es la tercera cuenta que debo pagar en poco más de cuatro meses. ¿Á qué estamos jugando, señora mía?

Y la *señora mía*, echando sobre el platillo

japonés el cigarrillo consumido, estiró voluptuosamente sus miembros, descubriendo como al acaso un piececillo de hada y una pierna escultural. Ya muchas veces aquella exposición de sacras imágenes del amor, había conjurado grandes borrascas; pero entonces ni pie ni pierna desarmaron la ira del marido, el cual había dejado el bastón sobre una butaca, pero se obstinaba en tener puesto el sombrero, quizás para añadir la descortesía á sus palabras y la autoridad á sus amenazas. Mientras tanto doblaba y desdoblaba convulsivamente aquel papel inocente...

—Yo no pienso pagar esta cuenta y usted verá el modo de pagarla de lo suyo. Usted tiene joyas (regaladas por mí, se entiende)... empéñelas en el Monte de Piedad é ingéniese... así aprenderá á no hacer la princesa á costa de otros...

Pie y pierna se habían refugiado bajo los vestidos, avergonzados de lo inútil de su aparición, y la señora abrió finalmente la boca diciendo:

—¡Me parece que no querrás obligarme á hacer un mal papel en sociedad!

—¡Qué sociedad ni qué niño muerto! Muchas señoras, más señoras que usted, gastan

la mitad. Me he informado y sé muy bien...

—Sí, te lo habrá dicho Fifi, tu Fifi, á la que pagas cuentas mucho mayores que las de tu mujer.

Nunca hasta entonces había pronunciado su mujer el nombre de aquella bailarina, y el marido creía que su amorío era del todo ignorado.

Enrojació hasta los cabellos, arrugó la frente, se agitó todo él como si le hubiera mordido una víbora, y el diálogo se exasperó hasta la brutalidad.

—¡Ah, con que también celosa, también impertinente, eh! Me parece que cuando no se ha aportado ni un céntimo de dote, convendría tener un poco más de modestia, y sobre todo de economía.

—¡Bien, muy bien, señor mío! Yo he aportado como dote mi juventud, mi belleza y hasta una verdadera dote. Sí, señor insolente, una buena dote, una verdadera riqueza, que se perdió en la gran quiebra del Banco de Turín. Y de ello ¿qué culpa tengo yo? Y tú, dime, ¿qué has aportado? ¡Una cabeza pelada, una hermosa dentadura... postiza, y un cuerpo consumido por los vicios... ciertamente un hermoso patrimonio!

—¡Ah! ¿conque usted ha traído una dote? Pues no la he visto nunca. En materia de tesoros yo no he visto más que el oro en que están empastados sus dientes... venda este oro y pague con él la cuenta de la modista..

La cuenta voló por el aire y cayó á los pies de la señora.

El marido salió de la habitación dando tan fuerte portazo, que hizo temblar sobre los veladores los *bibelots* japoneses que se hallaban allí junto con otras porcelanas.

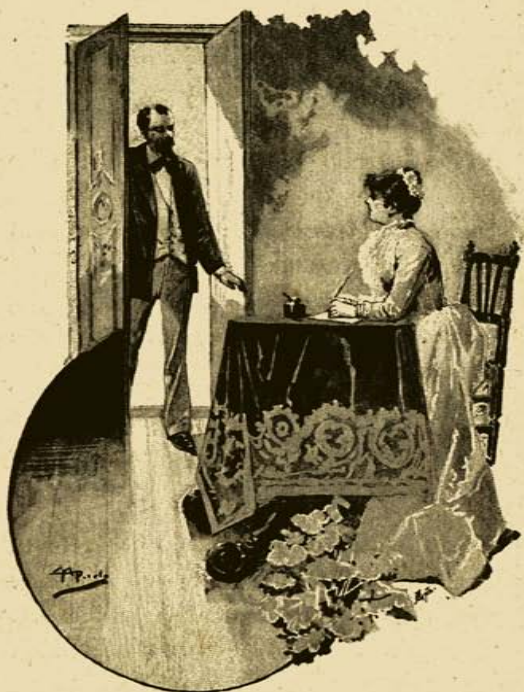
Y la mujer, encendiendo un nuevo cigarrillo, se puso á imaginar una venganza que fuese digna del insulto recibido...



Estaba sola en su gabinetito, sentada frente á un escritorio de ébano con incrustaciones de marfil, y escribía rápidamente, riéndose ella sola, como se ríe cuando se escribe á una persona queridísima y se le dice una impertinencia sazónada con muchas ternuras.

No se oía en aquella estancia más que el ruido dulce y cadencioso que hacía la pluma de acero sobre el pliego de papel...

Abstraída en la escritura, no pudo notar que alguien, levantando el picaporte, había en-



trado en la habitación y estaba delante de ella.

Aquel alguien no era la persona á quien estaba escribiendo, porque alzando por un

momento su graciosa cabecita como si fuera á buscar un adjetivo más gracioso que unir á los otros, vió ante sí al propio marido, á quien creía fuera de casa...

Lanzó un grito de sorpresa, é instintivamente cubrió con su mano derecha la carta en que escribía.

—¡Ah! ¿eres tú?... ¡me has asustado!

—Otra vez me haré anunciar...

Estas palabras habían sido pronunciadas sin ira, con una calma serena, pero los labios sonreían con una ironía diabólica.

Y poco á poco la sonrisa se convirtió en una verdadera risa, á la cual parecía marcar el compás el subir y bajar de la cabeza.

—¿Acaso estabas escribiendo al conde B...? ¿Quién escribe mejor, él ó tú? Sus cartas son cariñosas, muy cariñosas ¡ya lo creo! ¡Cuánta pasión! No, pasión, no: es una palabra impropia y poco noble; diremos *sensualidad*, *lascivia*, *lujuria*... ¿Cuál de estas palabras te parece más propia?

La señora llegó á ponerse pálida como una muerta. La pluma se le había caído de la mano y había manchado el elegante pliego con un gran borrón.

Pero el marido, sin abandonar su risa, se

acercó á ella, después aproximó al escritorio una silla y empezó á acariciarla amorosamente el cabello.

—¿Te has asustado? Pero, ¿por qué, hija mía? Acaso crees que he venido yo aquí para representar una terrible escena, quizás para matarte y matarme yo después... ¡Ja, ja, ja!...

No, hija, no: no me gustan los dramas y los suicidios dobles, más que en la novela y en el teatro, siempre y cuando que el autor del libro ó del drama tenga talento... Pero aquí, ¿por qué ensuciar con tu sangre este hermoso tapiz de Persia, por qué estropear con la mía ese elegante pliego de papel, sobre el cual estabas escribiendo palabras de amor? Sería un pecado, un grave delito; sobre todo, sería una gran sandez. Yo he venido aquí á hacer un contrato con mi dulce y querida compañera...

Y estampó un prolongado beso sobre los cabellos rubios de sus rizos.

A la señora aquel beso le produjo la misma impresión que si le hubieran tocado con un hierro candente. Retiró la cabeza y miró á su marido atónita, aterrada, sorprendida.

No, él no tenía la mirada de un asesino.

Estaba sereno, alegre, era un bonachón que daba una broma inocente, muy inocente.

—Dame un cigarrillo... ¡Cómo perfuman el aire tus cigarrros! Deben ser muy excelentes. ¿Acaso te los ha traído el conde B... de Constantinopla?

No esperó que ella se lo diese, sino que lo tomó de una copa de bronce y lo encendió.

—Como íbamos diciendo, he venido aquí para celebrar contigo un contrato, un verdadero contrato de compra-venta, en el cual los dos ganamos un tanto... Mira...

Y entonces el marido sacó lentamente del bolsillo de su sobretodo un paquete de cartas perfumado, atado con un cordoncillo de oro.

—¡He aquí un tesoro! La colección completa de todas las cartas que te ha escrito el Conde. ¡No falta ni una sola! La doncella que has echado de casa la semana última, me las ha dado por nada... ¡son ciento treinta! ¡Escritas en tres meses! ¿Cuánto me das por este tesoro?

La señora, tranquilamente entonces respecto á las intenciones poco homicidas del marido, le dirigió á la cara una mirada llena de desprecio y de crueldad. Ya no tenía miedo, ya no sentía remordimiento. En aquel momento hubiera deseado que las cartas fuesen no de un solo amante, sino de diez, de ciento, y que todas,

una á una, pudiesen abofetearle, escupirle á la cara...

Se echó á reir también ella.

—Bravo, bravísimo, eres un hombre de ingenio. ¡Dame un beso!

Y el beso fué dado, copia fiel del que hace veinte siglos dió Judas á Cristo.

—Te doy mil pesetas.

—¡Oh, oh, oh!

Y aquí una nueva y estrepitosa carcajada del marido.

—¡Mil pesetas, mil pesetas! Muy bien; pero ¿qué te parece?... Si no, se las regalo por nada á tu padre, reservándome algunas, dos ó tres de las más libertinas, para publicarlas en los periódicos. ¿Eh?

—¡Dalas, pues! Diré que las has escrito tú mismo, que son apócrifas... Mi padre tiene un gran concepto de mí.

—¡Uhm! Tu padre no es tonto y la escritura del Conde no está falsificada. Quiero diez mil pesetas.

—¡Te daré cinco mil!

—No, es muy poco. Tengo que pagar la cuenta de la modista de Niní, y quiero hacer un viaje á París.

—Te doy seis mil.

—No, no, diez mil; ni un céntimo más, ni un céntimo menos.

—Está bien, te daré diez mil pesetas. ¡Dame las cartas! ¿Me juras que están ahí todas?

—Mira las fechas; están todas. Además, están numeradas por el Conde con tinta roja; acaso con su propia sangre.

Y aquí soltó una larga carcajada.

—Cuando me des las diez mil pesetas, te daré las cartas... antes no.

. . . . .

El contrato se cerró, las cartas fueron restituidas, la suma pagada.

El marido abonó la cuenta de la modista de Niní, y ha ido á París... mejor dicho, ya ha vuelto, y vive siempre en casa de la mujer, á la que espera ofrecer un día ú otro un nuevo rescate.

¿Y ella?

¡Ah! Ella tiene un nuevo amante á quien no escribe nunca y de quien no quiere recibir carta alguna. Cuando él se lamenta de este extraño proceder, ella le echa los brazos al cuello, y besándole en la boca le dice:

—¿No es mejor, querido, un beso de más y una carta de menos.

Y el marido espera inútilmente hace tiempo un nuevo paquete de cartas perfumadas, atado con hilo de oro y señaladas todas ellas con un número correlativo, escrito con tinta roja, acaso con sangre.



## CAPÍTULO DÉCIMO

### El purgatorio.

Pocos matrimonios viven en el infierno; poquísimos gozan las excelsas delicias del paraíso. Los más se hallan entre uno y otro, y viven sin redención; esto es, sin la esperanza de subir al cielo, pero también sin el miedo de ser precipitados entre los demonios. Después de una luna de miel más ó menos larga, descienden á la tierra paseándose ora entre ortigas y espinas, ora en los floridos senderos de los jardines, y así permanecen hasta que la muerte los separa.

Describir todas las formas y todos los accidentes de este purgatorio conyugal, sería tarea interminable; me contentaré con presentar algunas escenas tomadas de la realidad, para que por estos ensayos juzguéis del resto.